Shuar, salesianos y mineros en el siglo XX

Galo Sarmiento

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

SARMIENTO, G. Shuar, salesianos y mineros en el siglo XX. In: JUNCOSA BLASCO, J., and GARZÓN VERA, B., eds. *Misiones, pueblos indígenas y la conformación de la Región Amazónica: actores, tensiones y debates actuales* [online]. Quito: Editorial Abya-Yala, 2019, pp. 109-129. ISBN: 978-9978-10-494-1. <https://doi.org/10.7476/9789978104941.0007>.

All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a [Creative Commons Attribution 4.0 International license](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença [Creative Commons Atribuição 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia [Creative Commons Reconocimiento 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Shuar, salesianos y mineros en el siglo XX

*Galo Sarmiento*¹

galosarmientoa@hotmail.com

De repente se oyen los ayes lastimeros del hijo, y luego del padre, la jíbara triste y pensativa se quedó mirando al lado de la huerta. La casita fue quemada casi por completo, solo quedaba un cuartito abierto, las cositas rotas y descerrajadas, el oro desaparecido, tendidos en el suelo chamuscados, y medio momificados los cadáveres del padrastro, de la mamá y más abajo el esqueleto descarnado del hijo de siete años, delante de la escena macabra los gritos de dolor se elevaban al cielo y se difundían por aquella triste soledad silenciosa, interrumpiendo solo el sonido de los ríos.²

Antecedentes

Uno de los lugares del Nuevo Mundo de mayor misterio y curiosidad para los conquistadores fue la Amazonía, por eso

- 1 Exalumno salesiano. Maestro en establecimientos fiscomisionales por más de treinta años; actualmente es docente en el Instituto Shuar de Bomboiza, investigador, escritor y conferenciante.
- 2 Libro de crónicas de la Misión Salesiana de Limón Indanza 1941-1948, Archivo Histórico Salesiano (AHS), p. 5.

en los primeros tiempos de la Colonia se lo recorrió en toda su extensión y se llegó a poblar en algunas partes de él.

El inmenso número de pueblos nativos que “vivían en las tinieblas y en sus costumbres bárbaras” fue una preocupación de la corona y de las órdenes religiosas desde sus inicios. Mercedarios, franciscanos y jesuitas se disputan la primacía de la evangelización en la Amazonía, siendo estos últimos, a decir de Velasco, “los que cultivaron por el espacio de 130 años desde 1637, y con solo 161 sujetos, sin que jamás faltare operarios celosos en aquella gran viña” (Velasco, 1941, p. 186). El papa Paulo III, en 1540, dispuso la difícil labor de evangelizar estas ignotas tierras, aunque ello significaba allanar el camino para la explotación de las riquezas del Nuevo Mundo.

Sin embargo, no faltaron mentes perversas, antes y aun ahora, que tratan de menoscabar la labor misionera. Se corría la voz por ejemplo de que “los jesuitas se metían en la selva no en busca de infieles que cristianizar sino de cera que mercadear” (1941, p. 524).

Los conquistadores desde el comienzo buscaron afanosamente el oro, y esta obsesión marcó el norte de sus expediciones, la mayoría de ellas hacia la región sur de la Amazonía, la tierra de los temidos shuar; en este afán no faltaron los enfrentamientos entre indígenas y conquistadores. Se conoce, igualmente, que muchas minas de oro de la Amazonía fueron ya explotadas desde antes de la conquista española. Llama la atención, sin embargo, que a pesar de las riquezas auríferas de la región, la mayoría de pueblos que lo habitaban, y de manera especial los shuar, no la conocieron ni valoraron.

En esta región estaba el Dorado que buscaban con afán los conquistadores; las lluvias lo arrastraron desde las altas cumbres andinas y se establecieron enormes depósitos de oro que luego fueron buscados y extraídos. García dice al respecto:

Esta era la región, no del engañoso Dorado, de tesoros de quimera, sino el depósito del ansiado metal amarillo, disperso en las arenas incrustado en el pedernal, arrastrado desde lejanos filones, tentador en el manto del aluvión y en las venas de la

cordillera baja que divide los estuarios del Santiago y del Zamora. (García, 1999)

Jaramillo, por otro lado, dice:

En todos los términos de la dicha (Zamora) se han descubierto y labrado muchas minas de oro y plata y se labran, en que han sacado puntas y granos de gran grandor, como ha sido la que tiene Su Majestad en su poder de su guardajoyas, que pesará de dieciocho libras, y otra de a ocho y de a seis y de a cinco y de a cuatro en gran cantidad. (Jaramillo, 1936, p. 453)

Esas pepitas de oro se encontraban casualmente en medio de la selva. Los nativos lo llamaron “lágrimas del sol”. En un informe de Manuel Barros, presidente de la Real Audiencia al Real Consejo de Indias, dice: “La ciudad de Zamora y Minas de Nambija, de su Distrito, están lastradas de oro como hierro en Vizcaya; es de más de veintidós quilates”.

El conquistador Juan de Salinas informa a su vez que los indios que pueblan estas tierras no usaban oro ni plata, ni casi los conocía, para luego concluir: “Es tierra de minas aunque los naturales no se daban nada por ellos, ni los buscaban”.

Los Shuar y el oro

A pesar de vivir en medio de tanta riqueza, el shuar nunca se interesó por las minas, no conoció su valor, no le llamó la atención, el oro no se revela en sus sueños ni forma parte de su cosmovisión; sin embargo, Siro Pellizaro³ piensa que un lejano acercamiento lo podemos encontrar en el namur, un talismán utilizado por el shamán que lo encuentra luego de que en sueños les es revelado por el dios Tsunki, tiene el poder de irradiar Tsensak (flechas), que al frotar sobre el tabaco son absorbidas y con él se puede sacar los malos espíritus del cuerpo y sanar al enfermo.

3 Misionero salesiano estudioso de la lengua y la cultura shuar, que por más de medio siglo vivió en la Amazonía (entrevista personal).

Este Namur es un cuarzo brillante que el shuar busca únicamente luego de haber sido revelado en sueños por sus dioses.

Costales y Costales (1998) son más precisos cuando manifiestan:

Hay que aclarar que los jíbaros no explotaban el oro porque no tenía ningún significado para su cultura... que nosotros sepamos, ni los macabeos ni los jíbaros se dedicaron mucho a la búsqueda del oro. (Costales y Costales, 1998, p. 39)

El Shuar nunca fue minero; pero, Ciro Pellizzaro deja abierta la posibilidad para el debate cuando dice que con la presencia de los mitayos serranos que lavaban oro en algunas minas de nuestra región, el shuar se dio cuenta de que le podía ser de utilidad; antes lo apropió a su lengua tomándolo del quichua (*kuri*) y también la palabra *cuchi* (chanchó), que fueron utilizadas en sus relaciones comerciales para facilitar el trueque de estos dos productos que pasaron a ser de uso habitual y cotidiano.

El mito del Dorado

El conquistador buscó con afán el oro, soñó con reinos y señoríos, protagonizó las aventuras más increíbles en territorios abruptos y desconocidos como los de la Amazonía, se enfrentó a pueblos belicosos como el Shuar. Esta búsqueda incesante de riqueza y gloria termina de pronto con un levantamiento general de los explotados; nace así uno de los mitos mejor guardados y más románticos de la conquista española en nuestra Amazonía: el mito de Logroño de los Caballeros, llamada también la Ciudad del Oro. Ahora, gracias a las investigaciones de Lucena Salmoral, Carmen Martínez Martín, Costales y otros, podemos desmitificar esta leyenda, que causó obsesión y fantasías en los poblados, especialmente del Austro, a inicios del siglo XIX. Importante saber que el mito se construye a raíz del levantamiento de los shuar en 1599 en el que se destruye Logroño, se exterminan sus habitantes y su gobernador es asesinado con las más terribles crueldades. “Oro has querido, oro toma”, le decían

mientras le daban de beber el oro derretido. A raíz de este suceso, la frontera suroriental se cierra por cerca de dos siglos para los españoles, aunque no faltaron osados conquistadores que desafiando el peligro se incrustan en la ignota selva y, tras sufrir innúmeros de penalidades, van construyendo las más hermosas leyendas alrededor de la afamada Ciudad Perdida de Logroño. Fue tal la obsesión, que hasta se pide autorización al rey para su descubrimiento, lo cual es concedido el 10 de julio de 1720. Se da cuenta de más de treinta expediciones en su búsqueda, que parten de Cuenca y Loja siguiendo la ruta de antiguos caminos que desde remotos tiempos unían la Sierra con la Amazonía. Una de las más importantes es aquella que organiza fray José Antonio Prieto en 1816, la última de la época colonial y que terminaría con la fundación de la población de Gualaquiza, hoy floreciente cantón de nuestra Amazonía. Tras esta expedición estaba lo más florido de la sociedad cuencana, y sin duda las supuestas riquezas de Logroño la motivaron sobremanera. Como dice Suárez: la expedición realmente tenía el propósito de “Volver a explorar sus minas de oro”.⁴

Razones suficientes para seguir soñando en estos reinos, sueños que se concretan con la llegada a Cuenca del mencionado cura franciscano, con experiencia misionera en Canelos, pero con mala reputación; se dice que escondió muchas minas para su propio beneficio con el pretexto de que si las declaraba “Vendrían los blancos a esclavizarles”.⁵

Prieto llegó a Cuenca en 1816, ciudad en la que, como dijimos, se reunieron todos los personajes interesados en el descubrimiento de la antigua ciudad perdida y de sus lavaderos de oro.

Estamos al final de la Colonia y las riquezas de Logroño aún eran el sueño de la Corona y de muchos personajes impor-

4 González Suárez en su tratado de *Historia* escribió: “A fines del siglo XVIII despertóse en los vecinos de Cuenca el deseo de descubrir las ruinas de la antigua ciudad de Logroño, para volver a explotar sus lavaderos de oro, de cuya riqueza divulgaba cosas increíbles la fama pública” (1970, p. 210).

5 Denuncia de don Martín Chiriboga, corregidor de Riobamba, en 1813 ante el presidente de la Real Audiencia, en Manuel Lucena Salmoral (1993, p. 223).

tantes de Cuenca. No había tiempo que perder, la presencia de este experimentado misionero facilitaría las cosas. Sus objetivos estaban claramente establecidos: “encontrar posibles minas de oro y tomar posesión de las tierras desconocidas en nombre del rey”.⁶ Se dice que lo hicieron en cuatro oportunidades, aunque a pesar de las posibles minas no se las menta. En su informe Prieto dice llamarle mucho la atención unos cerros sin vegetación, no visto en otras partes, que a su entender podrían en su interior contener minas de oro. Como se entenderá, siempre el oro rondaba el pensamiento del misionero y marcaba el ritmo de sus correrías.

Los movimientos independistas que se vivían en ese momento preocuparon a las autoridades de la Corona, por lo que estos últimos acontecimientos y fundaciones importantes pasaron desapercibidos. Sin embargo, desde Lima se pretendía que estos territorios de misiones pertenezcan al Obispado de Mainas. De parte del clero ecuatoriano se hacían esfuerzos para que se reconocan como parte de la Audiencia de Quito, razón por la que el obispo José Ignacio Cortázar Lavayén puso su interés en estas nuevas fundaciones. Luego de la Independencia, y salvo algunas insinuaciones motivadas por el celo apostólico de algunos preladados que llegaron a Cuenca, como el fray Manuel Plaza, la evangelización en la Amazonía vivió algunas décadas de abandono.

Los salesianos en la región sur de la Amazonía

Por primera vez una Constitución ecuatoriana considera a la Amazonía como parte integrante del Ecuador al determinar que “la Provincia del Oriente sea establecida por leyes especiales hasta que el aumento de su población y el progreso de la civilización le permita gobernarse como las demás” (Esvertit, 2008, p. 68). Efectivamente, el art. 98 de la Constitución de 1861 crea la Provincia de Oriente, al norte, con los cantones

6 Denuncia de don Martín Chiriboga, corregidor de Riobamba, en 1813 ante el presidente de la Real Audiencia, en Manuel Lucena Salmoral (1993, p. 221).

Napo y Canelos, y en la región sur se anexan a Chimborazo las parroquias de Macas, Zuña y las misiones de Alapicos, Barahona, Mendena, Guanbinima, y todas las tribus y terrenos del antiguo gobierno de Macas del Reino de Quito.

A la provincia del Azuay se incluía el cantón de Gualaquiza con las parroquias Gualaquiza, Sígsig, Rosario, y todas las tribus y terrenos comprendidos en el antiguo gobierno del Yaguarzongo hasta el Amazonas.

García Moreno se obsesionó por civilizar y colonizar el Oriente a través de las misiones religiosas. Los lugares escogidos por el segundo Concilio Provincial Quitense, para que se establecieran Misiones Jesuitas, fueron: Napo, Macas, Gualaquiza y Zamora. En esta última no se establecieron “por temor a los ataques de los shuar” (Esvertit, 2008, p. 68): en Macas y Gualaquiza se quedaron poco tiempo. La permanente hostilidad de los nativos y las difíciles condiciones de sostenimiento no permitieron su prosperidad.

El Shuar que se había mostrado firme en defender su territorio y sus riquezas no estaba dispuesto a abrir espacios para el ingreso de nuevos exploradores. Los traumas del pasado, dolorosos y frustrantes, estaban en sus recuerdos; a decir de Barrueco (2006):

Los misioneros llaman a los apaches (colonos) para que fueran a vivir en Gualaquiza, se apropiarían de sus tierras y los abusos serían peores de los que habían sufrido sus antepasados. (Barrueco, 2006, p. 179)

Un horizonte sombrío, con un pasado de frustraciones y desencantos que desafían cualquier temple, se presenta para la nueva congregación invitada por el Gobierno nacional, para que se haga cargo del Vicariato de Méndez y Gualaquiza, aprobado el 8 de febrero de 1893 por la Secretaría para la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios. Sin pérdida de tiempo, ese mismo año una delegación salesiana se hacía presente en Gualaquiza, y en los primeros meses del año siguiente se establecieron definitivamente.

Los relatos heroicos de los primeros misioneros que se difundían profusamente a través del *Boletín Salesiano*, medio oficial de comunicación de la Sociedad Salesiana, motivaron a muchos religiosos que se atrevieron a misionar en la tierra de los temidos Shuar de la Amazonía, por lo que siempre hubo personal dispuesto al sacrificio.

La presencia de los salesianos fue una aspiración del Gobierno, del clero, de pensadores y políticos, de grupos de poder y de la élite económica, que aspiraban explotar las riquezas orientales y que pensaban que la única posibilidad de hacerlo es que alguien les allane el camino; los salesianos, con experiencias misioneras en otras naciones, facilitaron sus propósitos. No es de extrañarse, por ejemplo, el hecho de que “Muchos nos aconsejan que comencemos nuestra primera excursión por el valle de Méndez, que nos describen como un paraíso terrenal” (*Boletín Salesiano*, 1893, p. 216); es que las experiencias anteriores en Gualaquiza no les fueron del todo satisfactorias, era preciso buscar nuevos horizontes.

La misión salesiana y los mineros

La obra misionera salesiana se inicia en medio de graves zozobras; por un lado, la presencia de un gobierno liberal hostil al clero, que ignoraba y se desentendía de las misiones orientales, y por otra una grave depresión económica de la región interandina sur, que encontró en esta región de la Amazonía la tabla de salvación para su alicaída economía.

Según Barrueco (2006):

Fueron muchos los sufrimientos, muchas las privaciones y muchos, los que gastaron energías y capacidad y se inmolaron hasta dar la vida como víctimas anónimas por la causa del evangelio. (Barrueco, 2006, p. 158)

Los salesianos en estos primeros tiempos sufrieron mil penalidades. Los relatos de las crónicas son dramáticos:

Estamos sin víveres ni dinero con qué comprar algo a los jíbaros. Durante el mes de agosto estamos sin víveres, llevamos cinco meses así. Nos mantenemos con yuca, plátano, y un poco de arroz que nos han dado los hacendados. En otras palabras, los misioneros viven de la caridad. No tenemos ni una mula con qué traer víveres y las cosas más necesarias para vivir. (Barrueco, 2006, p. 159)

Al poco tiempo de iniciadas las obras misionales, una avalancha de campesinos de la Sierra llegan al Vicariato en los diferentes lugares donde ya se habían establecido casas salesianas, como en Gualaquiza (1894), Indanza (1914), Limón Indanza (1936) y Méndez. Las casas salesianas se tornan en hogares de refugio temporal para muchos de ellos. El misionero se encuentra en una situación incómoda, atrapado en medio de encontrados intereses. Los shuar miran con recelo la presencia de extraños en sus territorios; los buscadores de oro llamados “mineros”, que conforman una especie de casta por ser los únicos que tienen en sus manos el poder económico, aunque a costa de grandes sacrificios y privaciones, muchos segaron su vida en las turbulentas aguas de los ríos, o víctimas de las enfermedades y peligros que encontraban en las minas.

Las orillas de los ríos Cuyes, Cuchipamba, Zamora, Paute y Yunganza se pueblan de mineros. Vega Toral dice que en 1926 Gualaquiza exportó 24 000 gramos de oro de sus lavaderos (Vega Toral, 1958, p. 60).

En Méndez, según refiere fray Domingo Marín, la población estable es de 250 a 300 personas; la flotante asciende a 2000 y 2500 mineros que se dedican ya solos o con patrones a lavar el oro en las vegas del Paute (Fray Jacinto Domingo Marín, 1936 en Salazar, 1986, p. 53).

Se escuchan testimonios de que se formaron verdaderas empresas que tenían a su mando 200 y más peones lavando el oro en el Paute en condiciones deplorables.

En esta encrucijada, el misionero con mil necesidades vivía la pobreza, en un entorno de riqueza que le daban los recursos minerales; hacerlas suyas no era prudente ni ético, incompatible además con el evangelio. Un antiguo misionero

entrevistado nos dijo: “Es que para eso no vinimos”; además, ante la opinión pública y ante el mismo gobierno, hubiera sido motivo de perversos comentarios, era preferible una prudente tolerancia. Las crónicas que se conservan en el Archivo Histórico Salesiano (Casa Inspectorial, Quito) nos dejan ver que los mineros resultaron un verdadero dolor de cabeza para los misioneros (ver cronología).

Barrueco, en sus narraciones de la vida misionera, nos cuenta: “Los mineros que llegan y regresan, paran en la misión, duermen en los corredores y chozones, unos pocos confiesan y comulgan, algunos agradecidos obsequian algo de oro antes del regreso” (2006, p. 176). De manera general, el minero fue una molestia para los misioneros, empeñados en su labor evangelizadora. Por el mismo autor se conoce que se “portan mal unos mineros y los misioneros finalmente resuelven no dar posada a esta gente” (p. 178) aunque no faltaron gestos de generosidad como “ofrendar a la Virgen de Gualaquiza un hermoso arco de flores artificiales que patentiza el amor del minero a María Auxiliadora” (Crónicas de la Misión Salesiana de Gualaquiza, AHS, 1939).

Es preciso reconocer, sin embargo, que el minero con defectos y virtudes marcó un momento importante en el desarrollo de las nacientes poblados; activó y diversificó la incipiente economía; aparecieron los primeros comercios, una gran movilidad desde y hacia la Sierra; los arrieros tuvieron nuevas oportunidades de trabajo, muchos de ellos trasladaron a sus familias y se convirtieron en los nuevos colonos que impulsaron el desarrollo de los nacientes pueblos.

Los mineros

El poeta Carlos Aguilar Vázquez en su obra *El país del sol*, con motivo de un viaje a Gualaquiza realizado en 1925 describe al minero así:

Caminan días, silenciosos, durmiendo a la intemperie, madrugan con el alba, casi sin comer y al fin de una tarde cualquiera des-

trozados por los mosquitos, los pies hinchados, rendidos, llegan a la orilla ansiada del Zamora. (Aguilar Vásquez, 1972, pp. 68-69)

La fiebre del oro en esta región se inicia en la década de los años veinte del siglo pasado y termina abruptamente en el año 1941, con un levantamiento shuar concertado a lo largo del valle del río Zamora. Son varias las causas de este lamentable suceso, aun no muy esclarecido en nuestra historia, que me permito comentar a continuación. En 1939 el Gobierno nacional instala puestos militares de avanzada en el territorio del Vicariato (Yaupi y La Unión). Los excesos de poder de los mandos militares se hicieron evidentes y los shuar fueron sus víctimas inmediatas.

En los salvajes se despertó una prevención natural que se cambió en abierto disgusto cuando los militares empezaron a hostigar a los jíbaros.⁷

Amenazas, castigos vejámenes, abusos, atropellos a la propiedad privada y abuso de las mujeres fueron la tónica que se impuso prevalidos de su autoridad. Todo esto culminó en un hecho lamentable: la matanza de los shuar en el sector de Sandamanza. La invasión peruana del año 41 puso en alerta a todas las guarniciones de la frontera ecuatoriana. Los shuar que no conocían de límites mantenían relaciones con sus pares que vivían en el sector peruano, fueron entonces acusados de complicidad. Luego del ataque al destacamento Yaupi, la situación se puso muy tensa en la frontera.

El levantamiento de los Shuar: antecedentes

El postillón Pedro Nanguitíey, que llevaba el correo desde La Unión a Yaupi, “Fue acusado de querer entregar la guarnición ecuatoriana a los peruanos y servir de espía, con él fue acusado también el jíbaro Wajare como conviviente de un

7 Acontecimientos luctuosos de la zona oriental Santiago Zamora, masacre de los jíbaros, Crónicas de Limón Indanza, documento del AHS, Inspectoría salesiana, Quito.

colono peruano situado a dos días de camino y cuyo nombre es López”.⁸ El documento citado continúa indicando que por órdenes superiores, y sin más trámites que “Una medida de emergencia fueron pasadas por las armas en la región vecina de Sandamasa un considerable número de jíbaros cuyos cadáveres en su mayor parte fueron arrojados al Zamora”.⁹ No se salvaron, según el documento citado, ni los niños ni las mujeres que más tarde fueron entregados a los shuar de Yunganza, enemigos de los desaparecidos. “Parece segura la cifra de 35 a 40, según los nombres que citaron los jíbaros”,¹⁰ entre ellos estaban Pedro Nanguitíey y Wajare. El shuar inmediatamente comenzó a maquinár aquello que sus patrones culturales le imponen: “Vengar esas muertes”.

En el informe de un misionero de Méndez que recorrió la zona luego de la masacre, manifiesta que el oficial de la unidad militar de esa localidad les informó que esa masacre se dio “Por haber constatado que estos jíbaros eran cómplices por indicar a una tropa peruana el camino de penetración a territorio ecuatoriano”.¹¹ Aunque se debe aclarar que esta información se lo obtiene por testimonios de jíbaros de Limón, enemigos de aquellos que fueron acusados de espías. Nuevos abusos, castigos, prisión del shuar y la muerte de uno de ellos en el destacamento La Unión por el disparo de un militar, exaltó aún más la ira de los shuar, quienes para conseguir sus fines “pasaron el río Zamora y mingaron a sus parientes de la orilla derecha del mismo río”.¹²

Hacia el sur, y siguiendo los márgenes del río Zamora y sus afluentes, no se instalaron puestos militares, pero cientos de mineros buscaban en sus orillas el preciado metal. Solo abando-

8 Acontecimientos luctuosos de la zona oriental Santiago Zamora, masacre de los jíbaros, Crónicas de Limón Indanza, documento del AHS, Inspectoría salesiana, Quito.

9 Acontecimientos luctuosos de la zona oriental Santiago Zamora, masacre de los jíbaros, Crónicas de Limón Indanza, documento del AHS, Inspectoría salesiana, Quito.

10 Acontecimientos luctuosos de la zona oriental Santiago Zamora, masacre de los jíbaros, Crónicas de Limón Indanza, documento del AHS, Inspectoría salesiana, Quito.

11 Carta dirigida a monseñor Domingo Comín el 4 de octubre de 1941. AHS, Quito.

12 Acontecimientos luctuosos de la zona oriental Santiago Zamora, masacre de los jíbaros, Crónicas de Limón Indanza, documento del AHS, Inspectoría salesiana, Quito.

nan sus minas para abastecerse de víveres; en la confluencia de los ríos Bomboiza con el Zamora se ha montado un centro de comercio, en donde se cambia el oro por alimentos y bebidas. A este lugar los mineros lo llaman “Proveeduría”,¹³ porque allí se proveían de alimentos.

El minero, aunque de procedencia humilde, gozaba de un cierto prestigio. El derroche fue su principal virtud, con el lema de que “La playa paga”, nos ha dejado recuerdos que aún viven en la memoria colectiva.¹⁴ Los abusos a la propiedad privada de los Shuar fue una práctica cotidiana que colmó la paciencia de los nativos; sumados a ello los atropellos a mujeres y esposas, forjó un escenario que el shuar no estuvo dispuesto a tolerar, pues respondió a su manera, como guerrero, matando, sembrando el terror y angustia en toda la zona.

Los acontecimientos

Las crónicas nos dicen que en la zona de Apondios y del Tink, “Un minero violó a la hija de Utitia, un famoso guerrero.¹⁵ El shuar, herido en su amor propio, propinó un duro castigo al infractor, mas luego vienen en su auxilio unos 30 compañeros que atacaron la jibaría recién construida por Utitia en el sector del Tinki, maltrataron a las mujeres que estaban solas, quienes en su desesperación se internaron en

13 Hoy Proveeduría es un floreciente sector del cantón Gualaquiza ubicado en la unión de los ríos Bomboiza con el Zamora.

14 Hemos escuchado por referencias de varios mayores mineros de Gualaquiza como León Espinoza, Leoncio Prado y otros, decir que era una práctica guardar el oro fino para utilizarlo en los días del carnaval, las chicas recibían en sus cabezas oro en polvo y más tarde lo recogían para su uso personal.

Fausto Jácome contó alguna vez que un comerciante de Proveeduría trajo en las vacaciones a un hijo del Sigsig que tocaba el violín. Al escucharlo, algunos mineros que libaban en su comercio lo llamaron para que les haga música. Felices los mineros de escuchar música en las soledades de la selva, le pagaban un gramo de oro por cada pieza que tocaba.

15 Según las crónicas y apuntes de las misiones salesianas consultados, los responsables serían los mineros Alfonso y Ariolfo Arias, hermanos. Este último fue el que violó a la hija de Utitia, de 15 años, golpeándole en los brazos y piernas para inutilizarla. Luis Pulla fue otro que vivía con jibaras, fue muerto en el Tink.

la selva, y durante la fuga nocturna una de ellas fue mordida por una serpiente. Esta fue la gota que derramó el vaso. Los shuar, indignados, capitaneados por Utitia (familiar cercano de Pedro Nanguitíey), resolvieron “arrojar y matar a todos los mineros en las orillas allende del Zamora”.¹⁶

Se convoca a los más grandes guerreros de la región, muchos de partes lejanas como Ankuash, un famoso guerrero shuar que viene de la frontera; dicen que “la guerra era para él un juego”.¹⁷ Fue la cabeza del levantamiento y junto a él estuvieron Petseña Utitia, Jimpikit, Sanchim, Kunkumas, Etsa, Yurank, Nurinkias, Unkuch, Kukush, y otros.¹⁸

En esta atmósfera de ira y venganza se configura el escenario en donde se daría el último levantamiento shuar en la región sur de la Amazonía, posiblemente en la misma área en donde estuvo ubicada la afamada ciudad de Logroño de los Caballeros y por razones similares. Cientos de mineros pagaron con sus vidas las provocaciones realizadas en contra de un pueblo que supo defender su dignidad y su territorio amenazado, pues algunos mineros se habían ubicado al margen derecho del Zamora, en donde estaban sus posiciones; una vez más el oro fue el detonante de este levantamiento y masacre que se inicia en septiembre y culmina a finales del año 1941. Este lamentable suceso coincide con el problema internacional con el Perú, por lo que inicialmente se habló de una invasión peruana; sin embargo, en la memoria de los shuar consultados está el que “no fueron peruanos”.¹⁹ Algunas noticias alarmantes dieron lugar a tergiversaciones. Por ejemplo, “el cinco de septiembre llega a Gualaquiza una compañía de cuarenta soldados al mando de un teniente, el veinte se reciben cartas desde Calaglás dando cuenta de una segura y próxima invasión de los peruanos, lo

16 Matanza de unos cien mineros por el Zamora, por parte de los jíbaros, entre octubre y diciembre de 1941. Crónicas salesianas de la misión de Limón Indanza, p. 2.

17 Informante: Antonio Chump.

18 Informante: Luis Petsain, de 64 años. Tintiuk, San Carlos de Limón.

19 Informante: Luis Petsain, de 64 años. Tintiuk, San Carlos de Limón.

cual causa temor y pánico entre los habitantes; más tarde se supo que había sido mentira y que jíbaros resentidos habían dado muerte a algunos mineros.

El 26 de noviembre se conoce en Gualaquiza del ataque perpetrado por los jíbaros a los mineros del Zamora. Las autoridades concurren hasta el sector el Tink, “mas solo para enterrar a mineros muertos”; en las crónicas misionales se lee:

Día triste y trágico para nuestra joven Gualaquiza. En Apondiós, un centro minero a poca distancia de Calaglás, los jíbaros fastidiados por el mal comportamiento de algunos mineros capitaneados por un malhadado hijo del capitán Utitia, improvisadamente mataron a toda la familia Fárez, Reinaldo, su esposa y sus tres hijos, a un señor Bravo y a otros tres mineros algo ancianitos. El Sr. Humberto Ávila despertado en la noche por los gritos angustiados de los mineros que imploraban auxilio cruzó por siete veces el río Calaglás y logró salvar varios mineros. (Crónicas de la Misión Salesiana de Gualaquiza, AHS, 1941)

Por las mismas crónicas se sabe que en diciembre hay nuevas matanzas en el Quimi, cerca de Chuchumbleta.²⁰

Testimonios hablan de que el Zamora arrastraba decenas de cadáveres sobre sus turbulentas aguas, y hasta un pequeño río de la parroquia San Carlos fue bautizado con el nombre de Apach Entsa (río del colono). Allí murieron muchos mineros, su nombre perenniza este hecho.

León Espinoza Neira (+), un antiguo minero, solía comentar entre amigos y familiares que solo él enterró a 18 mineros que habían sido asesinados por los shuar.²¹

Esta rebelión insinuó una rápida y enérgica reacción del gobierno, que mandó un escuadrón para castigar a los alzados

20 En algunos escritos hallados en el AHS se dice que Jacinto Barzallo y Ariolfo Arias, que huyeron junto con otros mineros en unas doce canoas, encontraron entre el Chuchumbleta y el Nangaritza los cadáveres de Humberto Samaniego, hijo de Miguel del Sigsig, y de Froilán Pinos de Girón, victimados por los jíbaros, y que ellos escaparon de sufrir un ataque de dos jíbaros del Quimi.

21 León Espinoza Neira fue uno de los últimos hacendados de Gualaquiza. Sus minas en Calaglás fueron nombradas, en ellas montó una pequeña empresa para explotar el oro.

y buscar mineros desaparecidos incluido niños; el traumatismo de sus acciones aún se recuerdan entre mayores shuar, por lo que muchos debieron huir al interior de la selva. Se armó a los colonos. Fue célebre el batallón Calaglás, conformado por mineros para acabar con los jíbaros. Fue famosa esta consigna: “Jíbaro que véase, jíbaro que matase”.²² Por conversaciones personales con antiguos mineros se sabe que a este batallón se le dotó de armas a fin de que se puedan defender en caso de un nuevo asalto; se dice que “se entregaron 18 fusiles”.²³ León Espinoza Serrano (69) cuenta que en su casa tenían algunos fusiles, recuerdos de esa época, y que un día su padre los entregó a un comandante de la Unidad Militar de Gualaquiza.²⁴

En Gualaquiza aún vive doña Angelita Cuzco (83), sus padres mineros vivieron al otro lado del Zamora en el sector denominado Chimandanza, tenía cuatro años y fue testiga de la masacre de los shuar, vio cómo a un trabajador le mataron con varios lanzazos, a otro, muerto de un balazo, su casa quemada, dos de sus hermanos menores abandonados en la orilla del Zamora en medio de la confusión desaparecieron. Sus padres huyen y por mucho tiempo deambulan en la selva hasta ser rescatados cerca de Limón. A ella le tuvieron cautiva por cinco meses. Cuenta que un día mientras jugaba con un pequeño shuar escuchó gritos desesperados de dos mujeres que estaban solas en la casa “Apach Winiawai” (vienen los colonos). Tratan de huir junto a los dos pequeños, de pronto sunan dos tiros de fusil, la una muere de contado y la otra queda herida, momento en que ella grita con desesperación “A mí no me maten porque yo no soy peruana ni shuar”. El soldado Adriano Rivera se encarga de traerlo hasta Gualaquiza.²⁵ Lorenzo Lituma cuenta que un día que estaba en la mina se escucharon disparos de

22 Acontecimientos luctuosos de la zona oriental Santiago Zamora, masacre de los jíbaros, Crónicas de Limón Indanza. Documento del AHS, Inspectoría salesiana, Quito.

23 Informante: Lorenzo Lituma, de 94 años, antiguo trabajador minero de León Espinoza en Calaglás.

24 El informante es hijo de don León Espinoza Neira.

25 Entrevista personal.

fusil, enseguida la novedad: “Los jíbaros han vuelto, vamos a matarlos”,²⁶ pero luego se dieron cuenta de que no eran shuar sino militares que estaban al otro lado del Zamora, les ayudaron a pasar el río y se hospedaron en casa de los Espinosa, en el Calaglás, en donde él trabajaba. Pudo ver igualmente a la niña rescatada que más tarde fue entregada a sus padres. La acción militar contra los shuar fue contundente, a tal punto que algunos cabecillas como Petsain, cansados de la guerra, quisieron hacer la paz, pregonaba que ya no se matará a más mineros, lo que enojó al guerreo Ankuash, que quería seguir “jugando”, se molestó con Petsain por “mezquinar a los mineros”.²⁷

Los mayores shuar de la zona comentan hasta hoy que recibieron noticias de los militares indicándoles que ya no habrá más guerra si se entrega la cabeza de Ankuash, que aún se resiste. Toman entonces la decisión de terminar con este famoso guerrero para vivir en paz. Petsain con su cuñado Jimpikit, como de costumbre, visitan a Ankuash, y en un momento de descuido “Petsain le dispara y Jimpikit le remata, luego le cortan la cabeza para hacerle tsantsa” (Jimpikit, 1985, p. 47).

Este último y doloroso acontecimiento perpetrado a la traición, como lo pautan los esquemas culturales de un pueblo guerrero, jamás imaginado por la víctima, puso fin a este levantamiento shuar cuyas consecuencias la pagaron indefensos mineros de la zona del Zamora.

Epílogo

El trauma de esta matanza perduró por algún tiempo y estuvo a punto de terminar con los pequeños poblados que nacían en la región. La acción de los misioneros salesianos fue decidida. En Limón y en los lugares aledaños se pidió la presencia militar y había voces que clamaban por el exterminio de los

26 Informante: Lorenzo Lituma.

27 Informante: Antonio Chumpi, lo oyó de su papá Petsain del Tink.

shuar antes de que estos terminen con los nacientes pueblos; se temía de un momento a otro ser atacados. Solo la prudente actuación del director de la Misión²⁸ y su firme posición por evitar que se cometan imprudencias que empeorarían la situación, así como la oportunidad para atender a gente herida y enferma, impidió que las cosas se agraven, pues tomó la arriesgada decisión de ir en persona al lugar de los hechos, pese a la opinión contraria de todos. Habría dicho: “Jamás se podrá contener al misionero ir al lugar de la desgracia”;²⁹ así pudo llegar hasta las orillas del río Zamora, en el centro mismo del conflicto, constató las secuelas que dejó este lamentable acontecimiento y buscó la forma de apaciguar a los sublevados.

Los superiores salesianos actuaron igualmente con la prontitud que el caso amerita. De manera inmediata se comunicó a las autoridades nacionales sobre los graves acontecimientos y se les mantuvo informados del desarrollo de los hechos. El P. Pro-Vicario Juan Vigna, el 29 de noviembre de 1941 llegó a la misión de Limón Indanza a fin de apaciguar los ánimos que se encontraban muy exaltados. En los primeros días de diciembre pasó para Gualaquiza con el mismo propósito, y ahí debió defender con decisión la libertad de unos cuantos shuar que habían sido tomados prisioneros sin ninguna razón.

El trauma de esta masacre la vivieron los mineros que debieron abandonar para siempre sus playas, y los pequeños poblados que temían un ataque repentino de los Shuar. Durante mucho tiempo la gente durmió en iglesias y capillas, y según testimonios fueron impedidos de cocinar, para no delatar con el humo del fogón su presencia, que podía alertar a los nativos.

Algunos mineros abandonaron las playas, pero no la región; se convirtieron en los nuevos colonos. Las grandes haciendas se fraccionaron y la colonia se hizo numerosa. Las misiones, a partir de los años cuarenta, alcanzan un despliegue vertigi-

28 El P. José Chierzi, director de la Misión Salesiana de Limón Indanza, se opuso tenazmente a que se dé un ataque armado en contra de los shuar, como era la pretensión de muchos colonos.

29 Crónicas de la Misión Salesiana de Limón Indanza 1941-1948, AHS, Quito, p. 3.

noso en toda la región. A su amparo nacen pueblos y caseríos. La colonia finalmente se consolidó en Gualaquiza, en Limón Indanza y Méndez (centros del conflicto).

Este levantamiento y posterior masacre de los mineros en el Zamora en el año 1941, fue una voz de alerta para los misioneros salesianos que de alguna manera alentaron la colonización y que al haber transcurrido ya medio siglo de evangelización, pudieron entender que el Shuar no estaba dispuesto a sumisiones; la tenencia de la tierra era un problema delicado que merecía rectificaciones y nuevas miradas, un repensar serio y profundo; la creación de la Misión de Bomboiza, y de otras obras misionales entre y para los Shuar, para que acompañe de manera preferente a un pueblo en evidente desventaja frente al mestizo, así como los nuevos convenios que se firman con el estado para asumir la tutoría de los Shuar, que más tarde determinó el nacimiento de una peculiar forma de organización, son una muestra de esta nueva orientación en el trabajo misional de los salesianos y que posibilitó luego la convivencia pacífica de dos pueblos culturalmente diferentes que comparten territorios ricos en recursos minerales apetecidos por unos y despreciados por otros, es que, si para el resto del mundo el oro fue el símbolo de riqueza y prosperidad, para el shuar fue signo de esclavitud, entrar en este campo los hubiera llevado a perder su libertad

La Misión Salesiana con hombres de temple que no se amilanaban ante la adversidad, no solo fue la autoridad moral de los nacientes pueblos; en el vicariato suplió la ausencia del estado y lideró su desarrollo, los Shuar que han protagonizado hechos trascendentes de la historia de estas selvas, ahora bajo el tutelaje Salesiano han podido defender sus derechos, sorteando serios inconvenientes, se organizan, auto determinan, visibilizan y hoy se constituyen en protagonistas de su propio desarrollo

Cronología

- En las crónicas de Indanza:
- El 9 de agosto de 1924 llegan once mineros a la misión de Indanza.

- El 25 de diciembre de 1928 un grupo grande de mineros festejan la Navidad.
- El 15 de julio de 1931 llega un canadiense mandado por una sociedad inglesa para averiguar si hay oro a fin de instalar una máquina lavadora.
- El 3 de diciembre de 1933 llegan dos franceses a la misión de Indanza para inspeccionar las minas; se fueron el 1 de febrero, Deo gracias.
- El 11 de julio de 1934 llegan cinco caballeros de Quito para las minas. La misión no soporta para tantos.
- El 9 de septiembre de 1934 informan que hay muchos mineros y que fue necesario el cambio de horario de misas para su comodidad.
- 14 de septiembre de 1934 llegan seis mineros de la playa diciendo que Pedro Loja les trató mal porque labraban sus playas.
- El 24 de septiembre de 1934 llega un minero italiano muy enfermo. Se le atiende por caridad. Llegan más mineros enfermos, los mineros llenan la iglesia (5 de noviembre de 1934).
- En las crónicas de Gualaquiza se lee:
- El 17 de enero de 1917 apareció de improviso en la Misión un tal José María Lara, natural de Loja. Había entrado al Oriente atraído por el sueño del oro.
- El 2 de junio de 1924 llega un ingeniero yanqui con macabeos; descansan dos días para seguir la ruta por el Zamora en busca de minas.
- El 30 de octubre de 1926 llega el gringo José Kamulis con cuatro cuencanos para ir a las minas de oro del Zamora.

Bibliografía

- Aguilar Vásquez, C. (1972). El país del sol. En: *Obras completas*, Quito: Ed. Fray Jodoco Ricke.
- Barrueco, D. (2006). *Narraciones de la vida misionera*, t. 16. Quito: Abya-Yala.
- Boletín Salesiano (1893). Noticias del Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza.
- Costales S., A., & Costales P., D. (1998). *Historia de Macas en el Departamento del Sur y la República*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- de Velasco, J. (1941). *Historia moderna del Reino de Quito y crónica de la Compañía de Jesús en el mismo reino*, libro 3. Quito: Imprenta Caja de Seguro.

- Esvertit, N. (2008). *La incipiente provincia*. Quito: Corporación Editora Nacional, Universidad Andina Simón Bolívar.
- García, L., OCD (1999). *Historia de las Misiones en la Amazonía ecuatoriana*. Quito: Abya-Yala.
- Gonzáles Suárez, F. (1970). *Historia general del Reino de Quito*, t. 3. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Jaramillo, P. (1936). *Tierras de Oriente*. Imprenta y Encuadernación Nacionales.
- Jimpikit, Á. (1985). *Motivo de los viajes de los Shuar* (Tesis del Instituto Intercultural Bilingüe Shuar) Bomboiza.
- Lucena Salmoral, M. (1993). *La ciudad perdida de Logroño y la última fundación misional del Reino de Quito (1818): oro, jíbaros y misioneros*. Universidad de Alcalá de Henares.
- Salazar, E. (1986). *Los pioneros de la selva*. Quito: Abya-Yala.
- Vega Toral, T. (1958). *Algunas consideraciones sobre nuestro Oriente amazónico y Monografía del cantón Gualaquiza*. Cuenca: Don Bosco.